

NOACK DURAN, María Mercedes
Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá

@ maria.noack@javeriana.edu.co

■ Recibido / Received
24 de febrero de 2022

■ Aceptado / Accepted
21 de diciembre de 2022

Entre prohibir y educar: El poder de la introspección

Between Forbidding and Educating: The Power of Introspection

Girard nos invita a comprender las leyes de la mimesis como único mecanismo para no caer en la rivalidad y poder identificarnos con el otro. Si bien las prohibiciones arcaicas, a través de los mitos y las religiones, lograron detener la escalada de violencia que nos conduce inevitablemente a un apocalipsis, la posterior sacralización del yo y la eliminación de estas prohibiciones en tiempos modernos nos ha vuelto a dejar expuestos. La educación, en el otro extremo, no ha entregado las herramientas necesarias para reconocer tanto lo positivo como lo negativo de la mimesis, a la par que el contexto actual solo ha logrado exasperar este comportamiento. El propósito de este trabajo es encontrar entre las líneas de los textos de este filósofo francés y de algunos apartes de la obra *Rojo y negro*, de Stendhal, una posible propuesta a cómo salir de esta encrucijada, encontrando un punto medio entre la prohibición y la educación, en ese espacio de reflexión, de introspección, que solo es posible desarrollar a través de la imaginación y en el cual es posible comprender no solo las leyes, sino lo más importante: al otro.

PALABRAS CLAVE: mimetismo, educación, prohibición, introspección.

Girard invites us to understand the laws of mimesis as the only mechanism to avoid falling into rivalry and to be able to identify with the other. Although archaic prohibitions, through myths and religions, managed to stop the escalation that led us to the apocalypse, the subsequent sacralization of the I and the elimination of these prohibitions in modern times, once again leave us exposed. Education, on the other hand, has not provided the necessary tools to recognize mimesis, while the current context has only managed to exasperate a mimetic behavior. The purpose of this work is to find between the lines of the texts of this French philosopher, and some sections of the book *Black and Red* by Stendhal, a possible proposal on how to get out of this crossroad, finding a middle point between prohibition and education, in that space of reflection, of introspection, in the which it is possible to understand not only the laws of mimesis, but most importantly: the other.

KEY WORDS: mimicry, education, prohibition, introspection.

No podemos eludir el mimetismo si no es comprendiendo sus leyes:
únicamente la comprensión de los riesgos de la imitación nos permite pensar
una auténtica identificación con el otro.
Girard, 2010, p. 10

Si «la imitación es primordial y recurso básico del aprendizaje, antes que algo aprendido» (Girard, 2010, p. 10) y, en gran medida, el motor de la construcción social, es necesario analizar en qué momento y por qué una característica ontológica del ser humano, en palabras de Girard, parece dejarnos ligados a una fórmula apocalíptica. La propuesta filosófica de Girard nos expone un sujeto que, ontológicamente, es mimético a raíz de la carencia constitutiva de su naturaleza. El sujeto es producto de la mimesis, resultado de un conjunto de mediaciones e interrelaciones, en un mundo en el cual no existen los deseos auténticos. Los deseos siempre están mediados por otro, en una estructura triangular (sujeto-objeto-mediador) que se extiende al infinito, haciendo que no seamos más que el producto de la rivalidad mimética, con cientos de mediadores y deseos, en una dinámica que solo logra una fragmentación permanente del sujeto y que, adicionalmente, se potencializa cuando tanto el mediador como el sujeto comparten el mismo espacio y tiempo, momento en el cual el mediador se convierte en un obstáculo y se desata la violencia: violencia que escala y que, inevitablemente, nos conduce a un apocalipsis.

Para Girard, el deseo humano siempre es mimético, pero no por eso debe ser siempre negativo. Por el contrario, el planteamiento que hace de la mimesis positiva, en relaciones sin rivalidad, la mediación positiva, es una opción por la cual puede optar el individuo. El objeto de este texto es explorar esa opción, que parece encontrarse precisamente a mitad de camino entre la prohibición y la educación.

La modernidad no ha hecho más que exasperar comportamientos de rivalidad, pasando por alto lo que en el pasado de alguna manera lograban contener los ritos, las tradiciones y las religiones. En este sentido, Girard dice que «si la antropología reciente deja de comprender las prohibiciones arcaicas eso obedece a que ella no ve que esas prohibiciones estaban dirigidas contra la violencia» (ibíd., p. 103). Si a esto le sumamos los patrones actuales de comportamiento, que han dado lugar a un sujeto que aparentemente *lo merece todo*, sin importar el otro, además de un particular momento histórico en el cual se han eliminado muchas diferencias, es evidente que la rivalidad que se desata permanentemente y que escala a niveles nunca vistos es el pan de cada día. Si bien es cierto que la prohibición, a pesar de haber generado un centenar de consecuencias nefastas para la humanidad, parece haber dado tregua a un apocalipsis temprano, la propuesta no es volver nuevamente a un listado de prohibiciones y de reglas para tratar de salir de la encrucijada. Es necesario, entonces, explorar el otro extremo de la balanza: la educación.

En este texto, comprendemos la educación como un proceso que permite que el individuo adquiera habilidades y conocimientos que le permitan desempeñarse posteriormente en comunidad, pero también como un proceso que es indispensable para el progreso de la humanidad. Para esto, el proceso educativo debe ser capaz de entregar herramientas que le permitan al individuo no ser únicamente un engranaje más en la cadena de producción, a través de los conocimientos técnicos adquiridos, sino un individuo autónomo, capaz de desarrollar un pensamiento crítico. Desafortunadamente, la educación moderna, que hace alarde de la



enseñanza de ese mismo pensamiento crítico, no ha cumplido cabalmente esta meta. La educación, en muchos casos, no ha entregado herramientas suficientes a los estudiantes para que estos sean capaces de desarrollar un pensamiento crítico que les permita cuestionarse de forma sistemática sus propios juicios y actuaciones de forma independiente, y no como un ejercicio únicamente resistente a la autoridad o a la tradición ciega.

La propuesta concreta de Girard para no caer en la mimesis negativa es la elección: elegir entre una relación sin rivalidad en una mediación positiva y la mediación común, llena de relaciones y escalaciones violentas que destruyen al individuo. La pregunta entonces es: ¿Son los efectos de las prohibiciones o las herramientas de la educación las que nos permiten hacer esa elección o hace falta algo más?

Para comprender esta propuesta, presentamos cuatro pasajes de *Rojo y negro*, de Stendhal, que, unidos al análisis que el mismo Girard hace del texto, nos permiten plantear qué es lo que está haciendo falta para que, de forma libre y espontánea, los sujetos deseen hacer la elección propuesta por el filósofo.

En esa circunstancia de mi vida, como en todas, desdeñé el mérito sencillo y modesto para correr tras lo que brillaba [...]. Si yo no me hubiera pegado tanto de las apariencias —se decía Julián— habría advertido que las gentes que llenan los salones de París son tan honradas como mi padre o tan hábiles como los presidarios de quienes acabo de separarme (Stendhal, 2020, pp. 396 y 405).

La mentira romántica ensalza a un sujeto que es movido por la pasión y que pocas veces es capaz de comprender que ha estado siempre envuelto en una rivalidad que escala apresuradamente y que lo desborda. Nunca deja de vivir en una mentira, por cuanto no es capaz de reconocer la mimesis. Por el contrario, el escritor de una verdad novelesca es capaz de desenmascarar una realidad que ha estado presente en la vida de los hombres desde siempre. El novelista, en este caso, es capaz de sintetizar lo que está ocurriendo y nos revela el deseo metafísico de sus personajes. No esconde la mentira, al contrario, la expone al lector. El problema radica en que esta síntesis solo se revela a través del tiempo, a través de lo vivido y la experiencia. Solo el tiempo saca a los personajes de ese letargo del deseo metafísico. Si este es el caso, podemos aventurarnos a afirmar que requerimos de un narrador externo que nos haga perceptibles los deseos, los cambios de mediador, los conflictos y la solución.

Parece que mi destino es morir soñando. Un hombre oscuro como yo, que abriga la seguridad absoluta de ser olvidado antes de quince días, sería un necio si se tomase la molestia de representar una comedia [...]. Me sorprende, lo confieso, no haber aprendido a gozar de la vida hasta que se presentó ante mis ojos la muerte, anunciándome su visita para un plazo muy próximo (ibíd., p. 388).

La mimesis, que nos permite socializar, aprender las bases de nuestra interacción social, ser parte de una comunidad, que se desarrolla en paralelo a la producción de nuestra subjetividad, es la que nos pone en riesgo, la que nos condena, en esa «incapacidad perma-





nente de ponernos en el lugar de otro» (Girard, 1985, p. 207), la que nos hace inventar una trascendencia humana que nunca alcanzamos. «Percibir la verdad metafísica del deseo es prever la conclusión catastrófica» (ibíd., p. 257). Nos confronta con la realidad de que, en el momento en que reconocemos el carácter del deseo mimético, cuando tomamos conciencia del objeto del deseo, nos inunda el vacío, el terror de la muerte, porque ontológicamente somos seres carentes.

Sin embargo, hay que reconocer que estamos en este mundo y que la muerte es una realidad, pero esto no implica que debamos o queramos morir. Reconocer la mimesis solo debe permitirnos tomar lo positivo de ella y renunciar a lo negativo. Se trata entonces de confrontar el miedo e ir más allá, porque el miedo a indagar es ignorancia que solo nos lleva a regresar al instinto primario de la mimesis. «¿Pero por qué maldigo la hipocresía de los demás si yo también soy hipócrita? [...] Y después Julián, sin acordarse de su amor propio, confesó a la mujer amada todas su debilidades y cobardías» (Stendhal, 2020, pp. 406 y 408).

Queremos pensar que nuestros deseos son propios, cuando en realidad nuestro deseo metafísico básico es querer ser otro. Nos consideramos seres autónomos que obramos según nuestros propios criterios, con independencia de los otros, cuando en realidad no se puede prescindir del otro. Nos dice Girard que «los ojos y los oídos se cierran cuando la salud y la integridad del universo personal están en juego» (2010, p. 180), lo cual constituye un mecanismo de defensa de la mediación misma. Esta es quizás la mentira más compleja, la única que nos permite no cuestionar las cosas que no nos sirven a nuestro propio interés. Nos constituimos siendo egoístas, nos constituimos por exclusión del tercero. Como comunidad, tenemos al otro, lo necesitamos, pero al mismo tiempo lo excluimos. Una exclusión que responde a no comprender que el otro es sagrado. Como enfatiza Girard, el conflicto siempre acaba cuando uno confiesa su deseo y acaba la violencia; cuando confiesa su humildad, dejando de lado el orgullo:

Es inconcebible —se decía Julián, a raíz de haber salido Matilde de la prisión— que una pasión tan ardiente, de la que soy objeto, me deje tan indiferente. ¡Y la adoraba hace seis meses! He leído muchas veces que la cercanía a la muerte hace que uno se desinterese de todo, pero es horrible sentirse un ingrato y no poder cambiar. ¿Seré un egoísta? (Stendhal, 2020, p. 385).

El narrador de esta novela nos presenta a un personaje que sale de su letargo después de mucho tiempo. Solo cuando se ve enfrentado a la muerte, Julián reconoce la mimesis. Reconoce que ha perseguido lo que no debía y que, en esa carrera desenfrenada, ha olvidado vivir. Aunque finalmente confiesa a su amada todas sus debilidades, el tiempo ya ha dado cuenta de lo que debe pasar.

Parece, entonces, que no es tan sencillo vislumbrar el momento de la elección. Si, como afirma Girard, el sujeto es ontológicamente mimético, entonces es necesario: 1) analizar los mecanismos que nos permiten utilizar la mimesis de forma positiva en los procesos de aprendizaje y 2) encontrar el punto culmen en el que somos capaces de reconocer la mimesis negativa y a partir del cual se puede optar por otra dirección. Abordaremos el primer punto desde una sencilla y corta perspectiva científica y el segundo, objeto de todo este texto, servirá de conclusión.

En la actualidad, las neuronas espejo explican el aprendizaje por imitación, emulación y empatía. «Los estudios de ciencias sociales relacionados con el aprendizaje del cerebro ofrecen una perspectiva sobre como el sistema neuro-lógico procesa el comportamiento interpersonal» (Westbrook, 2015, p. 322). Cuando las personas ven, oyen o piensan en movimientos y emociones, está siempre presente la mímica. La mimesis, bien empleada, puede ayudar a los educadores a pensar de manera creativa en el diseño de actividades de aprendizaje y sistemas educativos para estudiantes interculturales.

Asociar estos elementos constitutivos del ser humano con la capacidad de desarrollar un comportamiento social implica reconocer en estos la importancia del proceso de imitación. Lo revelador es que también se asocian con los procesos empáticos, esa capacidad de ponernos en el puesto de otros. Los estudios de Pineda y Hecht (2009) que aplicaron las investigaciones sobre neuronas espejo en humanos, explorando la dinámica de la percepción y cognición social, concluyeron que el sistema neuronal de espejos se encuentra activo durante la interacción social. Lo que quisiéramos destacar de este estudio es que se encontró que el sujeto es capaz de reaccionar a un estímulo de una forma particular, de forma anticipada al acto y sin que este se presente, de modo que los modelos positivos en la educación pueden ser la respuesta. En el texto *Introducing models into the pedagogical auditing literature*, de Herda y Herda, basado en la propuesta de Girard, estos autores presentan un ejemplo claro de la falta de modelos positivos en la educación; en este caso, de la educación para auditores. «Plantear modelos o roles positivos en los casos de enseñanza pedagógica de auditoría puede conducir a que los estudiantes construyan ese deseo mimético del rol positivo» (2016, p. 159).

Porque lo cierto es que aprendemos el ABC en la primaria de forma mimética, en el mismo instante en que emulamos las actuaciones de nuestros padres y profesores, tanto en lo positivo como en lo negativo. Aprendemos de la exclusión en nuestra primera infancia, en las aulas, en las iglesias, en la vida diaria, reivindicando de esta manera nuestro egoísmo innato, nuestra necesidad de constituirnos nosotros mismos, excluyendo al otro. Los modelos o roles positivos son básicos para que podamos emular lo correcto. De esta forma, las narrativas se convierten en una buena alternativa para presentar situaciones y contextos, personajes y dilemas que permiten al lector cultivar la imaginación y expandir horizontes, exponiéndolo a herramientas para resolver conflictos, cultivar diferencias y reconocer al otro. Porque, como menciona Westbrook en su texto *New Reflections on Mirror Neuron Research*, en referencia a Daloz:

La primera y más obvia condición para que se puedan cruzar las barreras culturales es que los «otros étnicos» puedan compartir experiencias. De acuerdo con Gardner, cada vez que estamos expuestos a un nuevo individuo, en persona o en espíritu, nuestros propios horizontes se expanden (2015, p. 331).

Por este motivo, deberíamos pensar en reestructurar la educación, en especial en Colombia, actualmente enfocada en el desarrollo de las facultades intelectuales, la cual deja en muchas oportunidades las facultades morales y afectivas al margen. Activar la imaginación a través de la lectura, a través de la exposición de ese otro en espíritu, dando origen a recuerdos de personajes y situaciones que pueden ser observados a distancia, de forma similar a como





se forman los recuerdos y la experiencia de un adulto a través de toda una vida, permitiendo así generar espacios que inviten a un examen crítico del comportamiento y obrar propio.

Sin embargo, el exponer al individuo a la lectura no basta para que se haga una elección. Aun a un buen educador que exponga a sus alumnos a los mejores modelos le hacen falta herramientas para lograr que sus discípulos hagan una elección y decidan encaminarse hacia una mediación positiva.

La propuesta de Girard que invita a renunciar al deseo y a la autodestrucción frente a renunciar al orgullo propio para disminuir la rivalidad y poder ver al otro de otra manera no es algo que se pueda enseñar, sino que es algo que se debe experimentar: «Tan pronto como el sujeto deseante percibe el papel de la imitación en su propio deseo debe renunciar al deseo o renunciar al orgullo. Hay que elegir entre el orgullo y el deseo, ya que el deseo nos convierte en esclavos» (Girard, 1985, p. 243). Solamente en esa renuncia al orgullo es posible comprender lo sagrado, aquello que merece un respeto excepcional: la vida. Al igual que los personajes de la novela, podemos esperar a experimentar todo lo que nos trae la vida para, al final, reconocer el efecto nocivo de la mimesis y morir o aprender a experimentar en un ejercicio de introspección, de examen personal.

En la obra literaria analizada, los personajes llegan a esta elección después de un tiempo, en la recuperación a través de la memoria, que les permite percibir el mundo y la vida y enfrentar la mimesis negativa. Memoria y tiempo que tejen una distancia respecto a los acontecimientos y que nutren la imaginación de lo que fue, lo que pudo ser y lo que será.

A las nueve de la mañana siguiente, fue Julián conducido a la Sala del Palacio de Justicia. Patios y pasillos estaban llenos de gente. Julián había dormido bien. Su rostro reflejaba calma, y su alma no experimentaba otro sentimiento que el de piedad filosófica hacia aquella turba de envidiosos que, crueles, acudían para recibir con aplausos su sentencia de muerte. Sorprendióle extraordinariamente ver que su presencia inspiró al público hondo sentimiento de piedad. Ni una palabra desagradable hirió sus oídos. «Estos provincianos no son tan malos como yo creía», se dijo (Stendhal, 2020, p. 392).

Estos provincianos no son tan malos como yo creía, como yo lo imaginaba, como en algún momento me lo hicieron creer a quienes yo emulé, esas serían las palabras que vienen a la mente.

Comprendemos la imaginación como esa facultad del ser humano para representar sucesos e imágenes de cosas que sucedieron o existen, o que no sucedieron o no existen, para finalmente concebir nuevas ideas y conceptos. Entonces, la respuesta a la pregunta sobre la elección se encuentra en esa capacidad del ser humano para plantearse consecuencias y alternativas a sus propios deseos, aun antes de que persiga el deseo mismo, en un espacio de introspección, en ese espacio en que se desciende en uno mismo hasta encontrar al mediador, al otro, para construir alternativas.

Cuando se hace una lectura detallada de obras como *Rojo y negro*, de Stendhal, desde la perspectiva de Girard, podemos observar cómo sus personajes encuentran respuestas al realizar un diálogo interior con ellos mismos, al encontrar un tiempo que les permite cuestionarse y recordar situaciones y sentimientos. No por esto todos los personajes llegan a una

conversión. En algunos casos, la muerte es la única salida que encuentran, pero el momento de introspección se ha dado. Si, como menciona Westbrook en su texto, en cuanto a los estudios que «han demostrado que cuando se perciben nuevos estímulos, únicamente si de manera voluntaria los acomodamos en nuestra forma de pensar y actuar, la tendencia natural es resistir el cambio y quedarnos en nuestro ego y etno centrismo» (2015, p. 334), entonces se hace evidente que fortalecer los ejercicios de introspección, de cuestionamiento interno, silencio y reflexión, en los que se dé cabida al otro, puede sentar las bases de una conversión que nos permita salir de la encrucijada planteada por Girard.

Girard nos propone una conversión a través de la muerte del orgullo. Una conversión que se da cuando empezamos a renunciar a nuestros ídolos, reconociendo auténticamente el efecto mimético y el hecho de que el otro y yo somos lo mismo. Una conversión que implica una mimesis positiva, en la que existe un modelo apacible y no violento que nos invita a sostener relaciones con los otros en donde impere el amor y el respeto. A «no demorar la conversión hasta la muerte» nos invita Girard (1985, p. 261).

Quizás estimular la imaginación, la memoria y el ejercicio de introspección, un punto medio entre la prohibición y la educación, permita que comprendamos las leyes de la mimesis y todos sus efectos adversos mucho antes de caer en la desesperanza; porque solo una comunidad que activa la imaginación y la memoria, en un ejercicio de introspección, puede evitar un apocalipsis.

1. REFERENCIAS

- Girard, R. (1985). *Mentira romántica y verdad novelesca*. Barcelona: Anagrama.
- Girard, R. (2010). *Clausewitz en los extremos. Política, guerra y apocalipsis*. Buenos Aires: Katz.
- Herda, D. y Herda, J. (2016). «Take the good with the bad: A Girardian recommendation for auditing pedagogy». *Accounting Historians Journal*, 43(1): 158-163.
- Stendhal (2020). *Rojo y negro*. Freeditorial.
- Westbrook, T. P. (2015). *New Reflections on Mirror Neuron Research, the Tower of Babel, and Intercultural Education*. Harding University: Searcy, Arkansas, USA

